

muerto deja al carcelero—y á cuantos con él están :
vase por una calle ayuso— como hombre mundanal,
hablando en algarabía—como aquel que bien la sabe.
Ibase para la puerta,—la puerta de la ciudad;
halla las puertas cerradas,—no halla por do botar.
Desque se vido perdido—empezara de llamar :
—¡Ábrasme la puerta, el moro,—si Alá te guarde de mal!
Mensajero soy del rey,—cartas llevo de mensaje.—
Allí hablara el moro,—bien oiréis lo que dirá :
—Si eres mensajero, amigo,—y cartas llevas de mensaje,
esperases tú al dia.—y con los otros saldrás.—
Desque esto oyera Gaiferos—bien oiréis lo que dirá :
—¡Ábrasme la puerta, el moro,—si Alá te guarde de mal!
Darte he tres pesantes de oro,—que aqui no traia mas.—
Oido lo había una morica—que en altas torres está,
dicele de esta manera,—empezóle de hablar :
—Toma los pesantes, moro,—que menester te serán,
la mujer tienes moza,—hijos chicos de criar.—
Desque esto oyó el moro—recio se fué á levantar,
las puertas que están cerradas—abriólas de par en par.
Acordósele á Gaiferos—de una espada que trae,
la cabeza de los hombros—derribado se la ha.
Muerto cae el morico,—en el suelo muerto cae.
Desque esto vió la morica—empieza de gritos dar,
ella los daba tan grandes—que al cielo quieren llegar :
—¡Abrasmonte, Abrasmonte,—el señor de este lugar!—
Cuando acuerdan por Gaiferos,—ya estaba en la cristiandad.

(Romance de don Roldán y de la traycion de Galalon.
Con el romance de Gayferos.—Pliego suelto del siglo
xvi.)

175.

ROMANCES DE MONTESINOS

**Aqui comienzan dos romances del conde
Grimaltos y su hijo Montesinos (1).—I.**

Muchas veces oí decir—y á los antiguos contar,
que ninguno por riqueza—no se debe de ensalzar,
ni por pobreza que tenga—se debe menospreciar.
Miren bien, tomando ejemplo (2),—do buenos suelen mirar,
cómo el conde, á quien (3) Grimaltos—en (4) Francia suelen
llamar,
llegó en las cortes (5) del rey—pequeño y de poca edad.
Fué luego paje del rey—del mas secreto lugar;
porque él era muy discreto (6),—y de él se podía fiar :
y después de algunos tiempos,— cuando más entró en edad,
le mandó ser camarero—y secretario real :
y después le dió un condado,—por mayor honra le dar (7);
y por darle mayor honra—y estado en Francia sin par
lo hizo gobernador,—que el reino pueda mandar.
Por su virtud y nobleza,—y grande esfuerzo sin par
le quiso tomar por hijo,—y con su hija le casar.
Celebráronse las fiestas—con placer y sin pesar.
Ya después de algunos dias—de sus honras y holgar,
el rey le mandó al conde (8)—que le (9) fuese á gobernar
y poner cobro en las tierras—que le fuera á encomendar.

(1) Pliego suelto. La *Silva* y la
Floresta dicen solamente: «Romance
de Grimaltos».

(2) «Mirad bien, tomad ejem-
plo.» *Silva*.

(3) «Que el conde don.» *Silva* y
Flor.

(4) «Qu'en.» *Silva* y *Flor*.

(5) «Que llegó en cortes.» *Silva*
y *Flor*.

(6) «Secreto.» *Silva*.

(7) «El que ya oistes nombrar.»
Silva.

(8) «Buen conde.» *Silva*.

(9) «Se.» *Silva* y *Flor*.

Pláceme, dijera el conde,—pues no se puede excusar.—
 Ya se ordena la partida,—y el rey manda aparejar
 sus caballeros y damas—para haber (1) de acompañar.
 Ya se partía el buen conde—con la condesa á la par,
 y caballeros y damas—que no le quieren (2) dejar.
 Por la gran virtud del conde—no se pueden apartar :
 de Paris hasta Leon—le fueron acompañar.
 Vuélvense para Paris—después de placer tomar :
 las nuevas que dan al rey—es descanso de escuchar,
 de cómo rige á Leon—y le tiene á su mandar,
 y el estado de su Alteza—cómo lo hacia acatar.
 De tales nuevas el rey—gran placer fuera (3) á tomar,
 No prosigo mas del rey,—sino que lo dejo estar.
 Tornemos á don Grimaltos—cómo empieza á gobernar,
 bien querido de los grandes,—sin la justicia negar,
 trata á todos de tal suerte,—que á ninguno da pesar.
 Cinco años él (4) estuvo—sin al buen rey ir (5) á hablar,
 ni del conde á él ir (6) quejas,—ni de sentencia apelar;
 mas fortuna que es mudable,—y no puede sossegar,
 quiso serle tan contraria—por su estado le quitar.
 Fué el caso que don (7) Tomillas—quiso en traicion tocar :
 revolvióle con el rey—por mas le escandalizar,
 diciéndole que su yerno—se le quiere rebelar,
 y que en villas y ciudades—sus armas hace pintar,
 y por señor absoluto—él se manda intitular,
 y en las villas y lugares—guarnicion quiere dejar.
 Cuando el rey aquesto oyera—tuvo de ello (8) gran pesar,
 pensando en las mercedes (9)—que al conde le fuera á dar (10).
 ¡Solo por buenos servicios—le pusiera en tal lugar,
 y despues por galardón—tal traicion le ordenar!
 Él ha determinado—de hacerle justiciar.

(1) «Haberle.» *Silva y Flor.*(2) «Los querian.» *Silva.*(3) «Mucho placer fué.» *Silva.*(4) «Cuatro ó cinco años.» *Silva.*(5) «Sin ir al rey.» *Silva.*(6) «Ir al rey.» *Silva.*(7) «Fué que el falso de.» *Silva.*(8) «De ello tuvo.» *Silva.*(9) «En los beneficios.» *Silva.*(10) «Dió sin pesar.» *Silva.*

Dejemos lo de la corte,—y al conde quiero tornar,
 que estando con la condesa—una noche á bel folgar,
 adurmióse el buen conde,—recordara con pesar;
 las palabras que decia—son de dolor y pesar :
 —¿Qué te hice, vil (1) fortuna?—¿Por qué te quieres mudar
 y quitarme de mi silla,—en que el rey me fué á sentar?
 ¡Por falsedad de traidores—causarme tanto de mal! (2).
 Que segun yo creo y pienso—no lo puede otro causar.—
 A las voces que da el conde—su mujer fué á despertar (3);
 recordó muy espantada—de verle así hablar,
 y hacer lo que no solia,—y de condicion mudar. [sai?
 —¿Qué habeis, mi señor el conde?—¿En qué podeis vos pen-
 —No pienso en otro (4), señora,—sino en cosa de pesar,
 porque un triste y mal sueño (5) - alterado (6) me hace estar.
 Aunque en sueños (7) no fíemos,—no sé á qué parte lo echar,
 que parecia muy cierto—que ví una águila volar,
 siete halcones tras ella—mal aquejándola van,
 y ella por guardarse de ellos—retrújose á mi ciudad;
 encima de una alta torre—allí se fuera á asentar;
 por el pico echaba fuego,—por las alas alquitrán;
 el fuego que de ella sale—la ciudad hace quemar;
 á mí quemaba las barbas,—y á vos quemaba (8) el brial.
 ¡Cierto tal sueño como este—no puede ser sino mal!
 Esta es la causa, condesa,—que me sentiste (9) quejar. [mal,
 —Bien lo mereceis, buen conde,—si de ello os viene algun
 que bien ha los (10) cinco años,—que en corte no os ven estar,
 y sabeis vos bien, el conde,—quién allí (11) os quiere mal,
 que es el traidor de Tomillas (12)—que no suele reposar :

(1) «Yo.» *Silva.*(2) «Tanto pesar.» *Silva.*(3) «La condesa hace despertar.»
Silva.(4) «Nada.» *Silva.*(5) «Sino triste soñé un sueño.»
Silva.(6) «Que alterado.» *Silva.*(7) «En ellos.» *Silva.*(8) «Y á vos, señora.» *Silva.*(9) «De que me sentía.» *Silva.*(10) «Cerca.» *Silva.*(11) «Que allí hay quien.» *Silva.*(12) «Y el traidor de don Tomi-
llas.» *Silva.*

yo no lo tengo á mucho—que ordene (1) alguna maldad. Mas, señor, si me creéis,—mañana ántes de yantar mandad hacer un pregon—por toda esa ciudad, que vengan los caballeros—que están á vuestro mandar, y por todas vuestras tierras—tambien los mandeis llamar, que para cierta jornada (2)—todos se hayan de juntar. Desque todos estén juntos—decirles heis la verdad, que quereis ir á Paris—para con el rey hablar, y que se aperciban todos—para en tal caso os honrar. Segun de ellos sois querido,—creo no os podrán faltar: iros heis con todos ellos—á Paris, esa ciudad, besaréis la mano al rey—como la soleis besar, y entonces sabréis, señor (3),—lo que él os quiere mandar, que si enojo de vos tiene—luego os lo demostrará (4), y viendo vuestra venida—bien se le podrá quitar. —Pláceme, dijo, señora,—vuestro consejo tomar.— Pártese el conde Grimaltos—á Paris, esa ciudad, con todos sus caballeros—y otros que él pudo juntar. Desque fué cerca Paris—bien quince millas ó mas, mandó parar á su gente,—sus tiendas mandó armar, hizo aposentar los snyos—cada cual en su lugar. Luego el rey de él hubo cartas,—respuesta no quiso dar. Cuando el conde aquesto vido—en Paris se fué á entrar; fuérase para el palacio—donde el rey solia estar; saludó á todos los grandes,—la mano al rey fué á besar (5): el rey de muy enojado—nunca se la quiso dar, ántes mas le amenazaba—por su muy sobrado osar, que habiendo hecho tal traicion—en Paris osase entrar; jurando que por su vida— se debia maravillar cómo, visto lo presente,—no lo hacia degollar; y si no hubiera mirado—su hija no deshonrar,

(1) «Os urda.» *Silva.*(2) «Por una jornada cierta.»
Silva y Flor.(3) «Señor, entonces vereis.»
Silva.(4) «Lo ha de mostrar.» *Silva.*(5) «Tomar.» *Silva.*

que ántes que el dia pasara—lo hiciera justiciar: mas por dar á él castigo,—y á otros escarmentar le mandó salir del reino—y que en él no pueda estar. Plazo le dan de tres dias—para el reino vaciar (1) y el destierro es de esta suerte:—que gente no ha de llevar, caballeros, ni criados—no le hayan de acompañar, ni lleve caballo ó mula—en que pueda cabalgar: moneda de plata y oro—deje, y aun la de metal. Cuando el conde esto oyera—¡ved cuál podia estar! (2) Con voz alta y rigurosa,—cercado de gran pesar, como hombre desesperado—tal respuesta le fué á dar: —Por desterrarme tu Alteza—consiento en mi desterrar; mas quien de mí tal ha dicho (3),—miente y no dice verdad, que nunca hice traicion,—ni pensé en maldad usar; mas si Dios me da la vida—yo haré ver la verdad.— Ya se sale de palacio—con doloroso pesar; fuése á casa de Oliveros,—y allí halló á don Roldan. Contábales las palabras—que con el rey fué á pasar; despidiéndose está de ellos,—pues les dijo la verdad, jurando que nunca en Francia—lo verian asomar, si no fuese castigado—quien tal cosa fué á ordenar. Ya se despedia de ellos;—por Paris comienza á andar despidiéndose de todos—con quien solia conversar: despidióse de Valdovinos—y del romano Fincan, y del gaston (4) Angeleros,—y del viejo don Beltran, y del duque don Estolfo,—de Malgesí otro que tal, y de aquel solo invencible—Reinaldos de Montalvan. Ya se despide de todos—para su viaje tomar. La condesa fué avisada,—no tardó en Paris entrar: derecha fué para el rey,—sin con el conde hablar, diciendo que de su Alteza—se queria maravillar, cómo al buen conde Grimaltos—lo quisiese así tratar:

(1) «Para del reino botar.» *Silva.*(2) «¡Ved que tal podia quedar!»
Silva.(3) «Mal te dijo.» *Silva.*(4) «Y de Gaston.» *Silva.*

que sus obras nunca han sido—de tan mal galardonar,
 y que suplica á su Alteza—que en ello mande mirar,
 y si el conde no es culpado—que al traidor haga pagar
 lo que el conde merecia—si aquello fuese verdad,
 y asi será castigado—quien lo tal fué á ordenar (1).
 Cuando el rey aquesto oyera (2)—luego la mandó callar,
 diciendo que si mas habla (3)—como á él la ha de tratar,
 y que le es muy excusado—por el conde le rogar,
 pues quien por traidores ruega—traidor se pueda llamar.
 La condesa que esto oyera (4)—llorando con gran pesar,
 descendióse del palacio—para al conde ir á buscar.
 Viéndose ya con el conde (5)—se llegó á lo (6) abrazar;
 lo que el uno y otro dicen—lástima era de escuchar:
 —¿Este es el descanso, conde,—que me habiades de dar?
 ¡No pensé que mis placeres—tan poco habian de durar!
 Mas en ver que sin razon—por placer nos dan pesar,
 quiero que cuando vais, conde,—cuenta de ello sepas dar.
 Yo os demando una merced,—no me la querais negar,
 porque cuando nos casamos—hartas (7) me habiades de dar.
 Yo nunca las he habido,—aun las tengo de cobrar,
 ahora es tiempo, buen conde,—de haberlas de demandar.
 —Excusado es, la condesa,—eso ahora demandar,
 porque jamas tuve cosa—fuera de (8) vuestro mandar,
 que cuanto vos demandeis—por (9) mi fe de lo otorgar. [var.
 —Es, señor, que donde fuéredes—con vos me hayais de lle-
 —Por la fe que yo os he dado—no se os puede (10) negar;
 mas de las penas que siento—esta es la mas principal,
 porque perderme yo solo—este perder es (11) ganar,

(1) «Quien tal quiere ordenar.»
Silva.

(2) Después de este verso se ha-
 llan en la *Silva* los dos siguientes:
 Con enojo y con pesar,
 con gran saña muy airado.

(3) «Y si más en ello le habla.»
Silva.

(4) «Viera.» *Silva.*

(5) «Viendo asi ir al conde.»
Silva.

(6) «Llegado le ha.» *Silva.*

(7) «Arras.» *Silva y Floresta.*

(8) «No fuese á.» *Silva.*

(9) «Doy.» *Silva.*

(10) «No lo vos puedo.» *Silva.*

(11) «Al perder llamo.» *Silva y
 Floresta.*

y en perderos vos, señora,—es perder sin mas cobrar;
 mas pues asi lo quereis,—no queramos dilatar.
 ¡Mucho me pesa, condesa,—porque no podais andar,
 que siendo niña y preñada—podriades peligrar!
 Mas pues fortuna lo quiere (1)—recibidlo sin pesar,
 que los corazones fuertes—se muestran en tal lugar.—
 Tómanse mano por mano,—sálense de la ciudad;
 con ellos sale Oliveros,—y ese paladin Roldan,
 tambien el Dardin Dardeña,—y ese romano Fincan,
 y ese gaston Angeleros,—y el fuerte Meridan (2):
 con ellos va don Reinaldos,—y Valdovinos el galan,
 y ese duque don Estolfo,—y Malgesí otro que tal (3);
 las dueñas y las (4) doncellas—tambien con ellos se van:
 cinco millas de Paris—los hubieron de dejar.
 El conde y condesa solos—tristes se habian de quedar:
 cuando partirse tenian—no se podian hablar.
 Llora el conde y la condesa,—sin nadie les consolar,
 porque no hay grande ni chico—que estuviese sin llorar.
 ¡Pues las damas y doncellas,—que allí hubieron de llegar,
 hacen llantos tan extraños,—que no los oso contar,
 porque mientras pienso en ellos—nunca me puedo ale-
 [grar!

Mas el conde y la condesa—vanse sin nada hablar:
 los otros caen en tierra—con la sobra del pesar:
 otros crecen mas sus lloros—viendo cuán tristes se van.
 Dejo de los caballeros—que á Paris quieren tornar;
 vuelvo al conde y la condesa,—que van con gran soledad
 por los yermos y asperezas—do gente no suele andar.
 Llegado el tercero dia,—en un áspero boscaje
 la condesa de cansada—triste no podia andar.
 Rasgáronse sus servillas,—no tiene ya que calzar:

(1) «Fortuna os convida.» *Silva.*

(2) «Merian.» *Silva.*

(3) Después de este verso pone
 la *Silva* los dos siguientes:

Cien caballeros de salva
 los salen acompañar.

(4) «Damas, dueñas y.» *Silva.*

de la aspereza del monte (1)—los piés no podía alzar (2);
do quiera que el pié ponía—bien quedaba la señal.
Cuando el conde aquesto vido,—queriéndola consolar,
con gesto muy amoroso—la comenzó de hablar :
—No desmayedes, condesa,—mi bien, queráis (3) esforzar,
que aquí está una fresca fuente—do el agua muy fria está (4)
repositar, condesa,—y podremos refrescar.—
La condesa que esto oyera—algo el paso fué á alargar,
y en llegando á la fuente—las rodillas fué á hincar.
Dió gracias á Dios del cielo,—que la trujo en tal lugar,
diciendo : —¡Buen agua es esta—para quien tuviese pan!—
Estando en estas razones—el parto le fué á tomar,
y allí pariera un hijo,—que es lástima de mirar
la pobreza en que se hallan—sin poderse (5) remediar.
El conde cuando vió el hijo—comenzóse de esforzar;
con el sayo que traía—al niño fué á cobijar;
tambien se quitó la capa—por á la madre abrigar (6);
la condesa tomó el niño—para darle de mamar.
El conde estaba pensando—qué remedio le buscar,
que pan ni vino no tienen,—ni cosa con que pasar.
La condesa con el parto—no se puede levantar;
tomóla el conde en los brazos—sin ella el niño dejar,
súbelos á una alta sierra—para mas lejos mirar.
En unas breñas muy hondas—grande humo vió estar (7),
tomó su mujer y hijo,—para allá les fué á llevar.
Entrando en la espesura—luego al encuentro le sale
un virtuoso ermitaño—de reverencia muy grande;
el ermitaño que los vido—comenzóles de hablar :
—¡Oh válgame Dios del cielo!—¿Quién aquí os fué á aportar?
Porque en tierra tan extraña—gente no suele habitar,
sino yo que por penitencia—hago vida en este valle.—

(1) «Camino.» *Silva*.
(2) «Van los piés corriendo san-
gre.» *Silva*.
(3) «Bien os queráis.» *Silva*.
(4) «Agua fresca sale.» *Silva*.

(5) «No se puede.» *Silva*.
(6) «Por cobijar á su madre.»
Silva.
(7) «Vido que gran humo sale.»
Silva.

El conde le respondió—con angustia y con pesar :
—Por Dios te ruego, ermitaño,—que uses de caridad,
que despues habrémos tiempo—de cómo vengo, á contar :
mas para esta triste dueña—dame que le pueda dar,
que tres dias con sus noches—ha que no ha comido pan,
que allá en esa fuente fria—el parto le fué á tomar.—
El ermitaño que esto oyera,—movido de gran piedad,
llevóles para la ermita—do él solía habitar.
Dióles del pan que tenía,—y agua, que vino no hay :
recobró algo la condesa—de su flaqueza muy grande.
Allí le rogó el conde—quiera el niño bautizar (1).
—Pláceme, dijo, de grado;—¿mas cómo le llamarán?
—Como quisieredes, Padre,—el nombre le podréis dar.
—Pues nació en ásperos montes—Montesinos le dirán (2).—
Pasando y viniendo dias,—todos vida santa hacen;
bien pasaron quince años,—que el conde de allí no parte (3).
Mucho trabajó el buen conde—en haberle de enseñar (4)
á su hijo Montesinos (5)—todo el arte militar,
la vida de caballero—cómo la había de usar,
cómo ha de jugar (6) las armas,—y qué honra há de ganar,
cómo vengará el enojo (7)—que al padre fuéron á dar.
Muéstrale en leer y escribir—lo que le puede enseñar,
muéstrale jugar á tablas,—y cebar un gavilan.
A veinte y cuatro de junio,—dia (8) era de San Juan,
padre y hijo paseando—de la ermita se van (9);
encima de una alta sierra—se suben á razonar.

(1) «Allí le suplicó el conde
que hubiese de bautizar
al triste niño nacido
con tribulación tan grande.»
Silva.

(2) «Le llamad.» *Silva*.
(3) «En la *Silva* se hallan despues
de este verso los dos siguientes :
«Do se crió Montesinos,
el su hijo natural.»
(4) «Mostrar.» *Silva*.

(5) «Este, y el verso que le sigue,
faltan en la *Silva*».

(6) «Y en exercitar.» *Silva*.
(7) «En vez de éste y del verso
que le sigue lleva la *Silva* los si-
guientes :

«El mira bien el consejo
que le daba el conde su padre.»
(8) «Mañana.» *Silva*.
(9) «Se salen.» *Silva*.

Cuando el conde alto se vido—vido á Paris la ciudad.
Tomó al hijo por la mano,—comenzóle de hablar,
con lágrimas y sollozos—no deja de suspirar.

(Aquí comienzan dos rom. del conde Grimaltos y su hijo Montesinos (vale decir este romance, y el que le sigue). Pliego suelto del siglo xvi, en el Rom. gen. del señor Duran.—Silva de var. rom. ed. de Barcelona, 1582.—Floresta de var. rom. ed. de Madrid, 1674 (1).

176.

(Montesinos.—II.)

Romance de Montesinos (2).

—Cata Francia, Montesinos,—cata Paris la ciudad,
cata las aguas de Duero,—do van á dar en la mar;
cata palacios del rey,—cata los de don Beltran,
y aquella que ves mas alta—y que está en mejor lugar
es la casa de Tomillas,—mi enemigo mortal.
Por su lengua difamada—me mandó el rey desterrar,
y he pasado á causa de esto—mucha sed, calor y hambre,
trayendo los pies descalzos,—las uñas corriendo sangre.
A la triste madre tuya—por testigo puedo dar,
que te parió en una fuente—sin tener en que te echar.
Yo triste quité mi sayo—para haber de cobijarte;
ella me dijo llorando—por te ver tan mal pasar:
—Tomes este niño, conde,—y lléveslo á cristianar;
llamédesle Montesinos,—Montesinos le llamad.—
Montesinos que lo oyera—los ojos volvió á su padre;

(1) No habiendo estado á nuestro alcance el pliego suelto arriba citado, de que se ha aprovechado el Sr. Durán al publicar este romance en su *Romancero general*, hemos juzgado lo mejor el copiar literalmente su texto, anotando todavía las variantes de la *Silva* y las más importantes de la *Floresta*.

(2) *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

las rodillas por el suelo—empezóle de rogar
le quisiese dar licencia,—que en Paris quiere pasar,
y tomar sueldo del rey—si se lo quisiere dar,
por vengarse de Tomillas,—su enemigo mortal;
que si sueldo del rey toma—todo se puede vengar.
Ya que despedirse quieren—á su padre fué á rogar
que á la triste de su madre—él la quiera consolar,
y de su parte le diga—que á Tomillas va buscar (1).
—Pláceme, dijera el conde,—hijo, por te contentar.—
Ya se parte Montesinos—para en Paris entrar,
y en entrando por las puertas—luego quiso preguntar

(1) Con este verso acaba el romance en todas las ed. del *Canc. de Rom.*; lo que sigue se ha tomado de la *Silva* de varios romances, ed. de Barcelona de 1582, donde también la parte que antecede es tan diferente del texto del *Canc. de Rom.*, que la ponemos aquí entera; el texto de la *Floresta* de varios romances está en un todo conforme con el de la *Silva*, teniendo tan sólo algunas ligeras variaciones ó enmiendas más bien posteriormente hechas con arreglo á los preceptos de la poesía artística.

—Cata Francia, Montesinos,
y Paris esa ciudad,
cata palacios del Rey
tu abuelo natural,
cata casa de Tomillas
mi enemigo mortal:
por su inicua y mala lengua
me mandaron desterrar,
do he pasado á causa de esto
mucha sed, calor y hambre,
aguas, nieves y ventiscos
por estos ásperos valles,
y la triste madre tuya
por testigo puedo dar,
que te parió en una fuente
sin tener cosa en que echarte:
yo triste quité mi sayo
para haber de cobijarte.
Otras mil angustias tristes
que yo no querria contar;
y el traidor de don Tomillas
todo esto quiso ordenar;
mas si Dios me da la vida

yo lo entiendo de vengar.—
Montesinos que esto oyera
los ojos volvió á su padre,
las rodillas puso en tierra
por la mano le besar,
pidió le diese licencia
que á Paris quiere llegar:
porque él ha oido decir
que sueldo acostumbran dar
á los buenos caballeros
que lo quisieren tomar:
—por eso, señor, vos ruego,
de ello no tomeis pesar,
que si sueldo del rey tomo
todo se podrá vengar.—
Viendo el conde su deseo,
la bendición le fué á dar.
Partiéndose Montesinos
volvió á rogar á su padre,
que haya por encomendada
á la condesa su madre,
y de su parte le diga,
que á Tomillas va á buscar.

por los palacios del rey—que se los quieran mostrar.
 Los que se lo oían decir—dél se empiezan á burlar;
 viéndolo tan mal vestido—piensan que es loco, ó truhan;
 en fin, muéstranle el palacio,—por ver que quiere buscar :
 sube alto en el palacio,—entró en la sala real,
 halló que comía el rey,—don Tomillas á la par.
 Mucha gente está en la sala,—por él no quieren mirar.
 Desque hubieron ya comido—al ajedrez van á jugar
 solos el rey y Tomillas—sin nadie á ellos hablar,
 si no fuera Montesinos—que llegó á los mirar;
 mas el falso de Tomillas,—en quien nunca hubo verdad,
 jugara una treta falsa,—donde no pudo callar
 el noble de Montesinos,—y publica su maldad.
 Don Tomillas que esto oyera,—con muy gran riguridad
 levantara la su mano,—un bofeton le fué á dar.
 Montesinos con el brazo—el golpe le fué á tomar,
 y echó mano al tablero,—y á don Tomillas fué á dar
 un tal golpe en la cabeza,—que le hubo de matar.
 Murió el perverso dañado,—sin valerle su maldad.
 Alborótanse los grandes—cuantos en la sala están :
 prendieron á Montesinos—y queríanlo matar,
 sino que el rey mandó á todos—que no le hiciesen mal,
 porque él queria saber—quien le dió tan gran osar;
 que no sin algun misterio—él no osara tal pensar.
 Cuando el rey le interrogara—él dijera la verdad.
 —Sepa tu real Alteza—soy tu nieto natural;
 hijo soy de vuestra hija,—la que hicisteis desterrar
 con el conde don Grimaltos,—vuesfro servidor leal,
 y por falsa invención—le quisiste maltratar :
 mas agora vuestra Alteza—de ello se puede informar;
 que el falso de don Tomillas—sepan si dijo verdad,
 y si pena yo merezco,—buen rey, mandádmela dar,
 y también si no la tengo—que me mandádesosoltar,
 y al buen conde y la condesa—los mandeis ir á buscar,
 y les torneis á sus tierras—como solia gobernar.—
 Cuando el rey aquesto oyera—no quiso mas escuchar.

Aunque veía ser él su nieto—quiso saber la verdad :
 supo que don Tomillas—ordenó aquella maldad,
 porque tuvo envidia—viéndole en prosperidad.
 Cuando el rey la verdad supo—al conde hizo ir á buscar :
 gente de á pié y de á caballo—iban para le acompañar,
 y damas por la condesa—como solia llevar.
 Llegado junto á Paris—dentro no quieren entrar,
 porque cuando dél salieron—los dos fuéron á jurar
 que las puertas de Paris—nunca las vieran pasar.
 Cuando el rey aquello supo—luego mandó derribar
 un pedazo de la cerca—por do pudiesen pasar
 sin quebrar el juramento—que ellos fuéron á jurar :
 lleváronlos al palacio—con mucha solemnidad,
 hácenlos muy ricas fiestas—cuantos en la corte están.
 Caballeros, dueñas, damas—los vienen á visitar,
 y el rey delante de todos—por mayor honra les dar,
 les dijo que habia sabido—como era todo maldad,
 lo que dijo don Tomillas—cuando lo hizo desterrar :
 y porque sea mas creído—allí les tornó á afirmar
 todo lo que ántes tenían,—y el gobierno general,
 y que despues de sus dias—el reino haya de heredar
 el noble de Montesinos,—y así lo mandó firmar.

(Canc. de Rom. s. a. f. 193.—Canc. de Rom. 1550. f. 205.
 Silva de var. rom. ed. de Barcelona del año de 1582.)

177.

(Montesinos.—III.)

Romance: el cual cuenta el desafio que hizo Montesinos á Oliveros en las salas de Paris: hecho por Juan del Campo.

En las salas de Paris,—en un palacio sagrado
 ado está el emperador—con los pares razonando,

acabando de comer,—un rumor se ha levantado.
 Oliveros y Montesinos—mal se quieren en celado.
 Oliveros fué el primero—que se había desmesurado :
 —Dicho os he, Montesinos,—días ha que os he rogado,
 que de amores de Aliarda—no tuviédes cuidado,
 que no sois para servilla,—ni para ser su criado;
 si no fuese por el emperador—yo os habria castigado.—
 Montesinos que esto oyera,—la color se le ha mudado,
 así le tiemblan las carnes—como á hombre sentenciado;
 echó mano á la su espada,—su rico manto abajado,
 tiró un golpe á Oliveros;—mas no le había acertado.
 Oliveros no tenia armas,—dos saltos atras ha dado.
 Metióse la gente en medio;—otra cosa no ha pasado.
 Ellos en aquesto estando—don Roldan había llegado,
 á grandes voces diciendo :—¡Viva, viva el emperador, y el
 [que vive á su mandato!

—¡Viva! dijo Montesinos,—mas no de ser ultrajado;
 que si de esto no me vengo,—no entraré mas en poblado,
 ni comeré pan á mesa,—ni oír misa en sagrado,
 ni me vestiré loriga,—ni cabalgaré en caballo,
 ni me llamarán en Francia—hijo del conde Grimaldo.
 Abájase del escala—con pasión muy lastimado,
 fuérase al meson de Burgo—ado estaba aposentado,
 armóse de una loriga—y de un arnes tranzado,
 echóse un escudo al cuello :—de todas armas armado,
 sin poner pié en el estribo,—en el caballo había saltado.
 Sale por la puerta afuera—muy honesto y mesurado,
 por las calles que había gente—fbase muy sosegado,
 por do via que no estaba—va corriendo como un gamo.
 En saliendo de Paris—topara con don Reinaldo (1),
 primo suyo carnal,—en amor mas que hermano.
 —¿Adónde vais, Montesinos,—adó vais tan bien armado?
 O vais con mensaje á moros,—ó venís desafiado.

(1) El texto lleva por equivocación «Roldán», mientras la asonancia y el sentido piden «Reinaldo».

—No voy á nada de aqueso,—ni de ello tengo cuidado;
 mas Oliveros en palacio—de palabras me ha ultrajado,
 respondiérale yo á ellas;—mas no quedé bien pagado.
 Por Dios os ruego, mi primo,—que vais á desafiario,
 que le digais de mi parte—que le espero en el campo,
 en el campo de san Dionís,—bien armado y á caballo.
 —Pláceme, dijo Reinaldo,—pláceme de muy buen grado,
 decírselo he de boca,—aunque esté muy ocupado,
 sino quisiere uno por uno—seremos dos por cuatro,
 aunque viniese con ellos—don Roldan el encantado.—
 Ellos en aquesto estando—Oliveros que ha llegado
 con la sobrevista verde.—¡Oh cuán bien parece armado!
 El gesto trae descubierto,—blanco es y colorado,
 á grandes voces diciendo :—Tiráos afuera, Reinaldo,
 lo que ha dicho Montesinos—presto le costará caro.
 —Pláceme, le dijo él,—pláceme de muy buen grado.—
 Volvió riendas al caballo,—en Paris se había lanzado.
 Mejor fuera para ellos—no habellos él dejado.
 Pocas palabras se dicen,—metido se han en un prado.
 Apartóse el uno del otro—cuanto un tiro de dardo.
 De los muy recios encuentros—á tierra se han derrocado.
 Herido fué Montesinos—en el su izquierdo lado;
 asi quedara Oliveros—por medio de su costado,
 que el hierro de Montesinos—en el cuerpo le ha quedado.
 Levántanse ambos en pié,—las espadas han sacado;
 entre los dos caballeros—cruel batalla se ha trabado.
 Ellos en aquesto estando—Baldovinos que ha llegado
 con sus perras de trailla—y su halcon en la mano.
 Rogado les ha por la paz;—dél nada no se han curado.
 Batió piernas al caballo,—y él así los ha dejado.
 Fuése al emperador—muy triste, desconsolado.
 —¿Qué haceis aquí, señor,—con tan pequeño cuidado?
 Que hoy pierdes dos caballeros,—los mejores de tu estado,
 en el campo de san Dionís,—cada uno mal llagado.
 Si presto no socorréis—el campo será acabado.—
 Don Carlos cuando lo oyera—temblaba como azogado,

cabalgó en un palafren—por no esperar á caballo.
 Con él iba en compañía—ese conde don Grimaldo,
 con él iban caballeros,—todos eran hijos-dalgo.
 En llegando á san Dionisio—véenlos estar en lo llano;
 cada cual caído en tierra,—que no bullen pié ni mano.
 Cuando así los vido el conde,—de su boca habia hablado :
 —¡Qué tal estais, mi hijo,—el mi hijo mucho amado,
 por las tierras do yo voy—por vos fuera muy honrado!
 Si habeis herida de muerte—de vuestra alma habed cuidado.
 Aunque vos murais, mi hijo,—de mí no seréis llorado,
 que ni moris por mesones,—ni por tableros jugando;
 moris como caballero—en el campo peleando.
 —Que no moriré, señor,—de lo que estoy agora llagado;
 mas socorred á Oliveros,—ved si está peor tratado.
 —Con él está acá, mi hijo,—el emperador don Carlos;
 mucho estaba mal herido,—vos no estais muy bien librado.—
 Allí llegó el emperador,—su rostro todo mojado
 de lágrimas de sus ojos—que por ellos ha llorado.
 —Si sois vivo, Montesinos,—yo quedaré consolado.—
 —Cuál me hallardes, señor,—estoy á vuestro mandado.—
 Con igual honra en Paris—ambos los han lanzado;
 con la vida de los dos—el pueblo se ha holgado.
 Mucho mas se holgó el conde,—y así hiciera Reinaldo,
 que del bien de Montesinos—él estaba muy pagado.

*(Siguese un romance: el cual cuenta el desafio que hizo
 Montesinos á Oliveros en las salas de Paris, etc. Pliego
 suelto del siglo xvi.)*

177 a.

(Montesinos. — IV.)

(Al mismo asunto.)

Romance de un desafio que se hizo en Paris de dos caballeros principales de la tabla redonda, los cuales son Montesinos y Oliveros. Fué el desafio por amores de una dama llamada Aliarda.

En las salas de Paris,—en el palacio sagrado
 donde está el emperador—con su imperial estado,
 tambien estaban los doce—que á una mesa se han juntado,
 obispos y arzobispos—y un patriarca honrado.
 Despues que hubieron comido—y las mesas se han alzado,
 ya se levanta la gente,—todcs iban paseando
 por una sala muy grande,—unos con otros hablando.
 Unos hablan de batallas,—los que las han acostumbrado;
 otros hablan de amores,—los que son enamorados.
 Montesinos y Oliveros—mal se quieren en celado;
 con palabras injuriosas—Oliveros ha hablado.
 Las palabras fuéron tales,—que de esta suerte ha empezado :
 —Montesinos, Montesinos,—¡cuánto ha que os he rogado
 que de amores de Aliarda—no tuviédeses cuidado,
 que no sois para servirla,—ni para ser su criado?
 ¡Si no, por el emperador,—yo os hubiera castigado!—
 Montesinos que esto oyera—túvose por injuriado;
 la respuesta que le dió—fué como de hombre esforzado.
 —¡Buen caballero Oliveros,—mucho estoy maravillado,
 siendo hombre de buen linaje—siempre entre buenos criado,
 que vos á mí deshonorar—bien debia ser excusado;
 que si tuviera yo (1) espada—como vos teneis al lado,

(1) «Yo tuviera.» *Silva. Floresta*